

## Entrevista con José María Jimeno Jurío, primer bibliotecario de San Pedro (Pamplona)

Roldán JIMENO ARANGUREN\*



José María Jimeno Jurío en la actualidad

La vida de José María Jimeno Jurío, artajonés de 74 años, ha discurrido entre archivos y bibliotecas, lo que, unido a su deseo de transmitir a otros parte del fruto de sus lecturas e investigaciones, le ha llevado a ser autor de 22 monografías, unos 200 artículos y capítulos de libros y 45 títulos de la colección *Navarra. Temas de Cultura Popular*. Desde 1970 hasta 1983 dirigió la Biblioteca Pública de San Pedro, situada en la calle Padre Maceda y dependiente entonces de la Caja de Ahorros Municipal de Pamplona. Allí creó un fondo especial dedicado a la Historia de Vasconia, que contará con una sala singular, diferenciada del resto, en la futura sede de la Biblioteca, próximamente trasladada al rehabilitado monasterio viejo de San Pedro. A propuesta de la bibliotecaria María Ángeles Alfaró Aristizábal, la sala llevará el nombre del que fue primer director del Centro.

7

**—Han pasado 18 años desde que dejaste la Biblioteca de San Pedro. Aquel fondo de Historia creado por ti va a llevar tu nombre, ¿qué se siente?**

—Mucha alegría y agradecimiento a quien patrocinó la idea. Siento algo de vergüenza porque realmente lo único que hice fue cumplir con la misión que me encomendaron: poner en marcha la Biblioteca y prestar un servicio a los lectores, algo a lo que me dediqué durante catorce años. Haber llevado a cabo esta labor en un barrio como San Pedro es motivo de orgullo. Resulta emocionante pensar que aquel proyecto humilde iniciado en las bajeras de un bloque de pisos iba a contribuir de esta manera a la cultura del barrio, perpetuada ahora desde el monasterio. Es también motivo de satisfacción que después de tanto tiempo todavía se acuerden del primer bibliotecario de San Pedro.

\* Faculté Pluridisciplinaire de Bayonne-Anglet-Biarritz, Université de Pau et des Pays de l'Adour

**—¿Qué te parece el cambio del local de la calle Padre Maceda, donde estaba habilitada la primera biblioteca, al antiguo monasterio de monjas situado a orillas del río Arga?**

—De las rehabilitaciones de edificios viejos conventuales a los que se ha dado nuevo destino en Pamplona, creo que la de las Agustinas de San Pedro ha sido una de las mejor logradas. Me parece magnífico destinar este tipo de edificios a fines culturales, conservando a la par su finalidad de innegable tradición cultural. Así, con el nuevo destino, estos edificios recuperan en los comienzos del siglo XXI parte del espíritu asignado desde su fundación. Además, en el caso del monasterio viejo de San Pedro, la nueva ubicación de la biblioteca y las mejoras materiales más que evidentes, contribuirán a incrementar en el barrio la afición por la lectura y el estudio.

**—En numerosas ocasiones has resaltado la figura de Miguel Javier Urmeneta como artífice de la primera biblioteca en un barrio pamplonés...**

—La personalidad de Miguel Javier Urmeneta, uno de los alcaldes contemporáneos más prestigiosos, está esperando una monografía que dé a conocer su papel en la reciente historia de la capital navarra. Quienes lo conocimos de cerca sabemos de su inquietud cultural, sensibilidad artística, y generosidad, que se exteriorizó en numerosos proyectos como el de la Biblioteca y el contiguó Club de Jubilados de San Pedro. Muy pocos conocen lo que personalmente hizo Urmeneta por la Biblioteca, llegando incluso a poner dinero de su propio bolsillo para la adquisición de diferentes fondos. Su generosidad llegaba al punto de que algunos regalos que le hacían a título personal iban a parar a los jubilados de San Pedro. Esta continua relación profesional que me unió a Urmeneta motivó una profunda y entrañable amistad.



**—¿Por qué se escogió este barrio extramural como sede de un centro de esta índole?**

—Probablemente fue la circunstancia de la expansión urbana que se operaba por el extrarradio pamplonés, a donde tenía que llegar la Caja de Ahorros Municipal, de la que era director Urmeneta. Parte de los bajos de aquella vivienda iban a estar destinados a una sucursal y un club de jubilados. También se destinaron a biblioteca, decisión en parte motivada por la amistad que Urmeneta tenía con gente del barrio. Yo entré cuando el proyecto ya estaba avanzado. Necesitaban un director y Miguel Javier, que seguía mis pasos en el mundo de la investigación y sabía que recientemente me había secularizado, propuso mi nombre en la junta de la Caja de Ahorros y fui admitido por todos.

**—En el final del franquismo y la transición se ansiaba alcanzar nuevos horizontes intelectuales, y una biblioteca como la de San Pedro tenía mucho que ofrecer. ¿Cómo se cubrían esas necesidades?**

—En una primera fase la Biblioteca fue una sala de estudio para universitarios, al menos por las mañanas. Esto fue un primer destino magnífico en aquellos primeros tiempos de la Biblioteca, como simple sala de estudio, pero sin apenas fondos bibliográficos que ofrecer. Posteriormente se fueron ampliando sus servicios y fui adquiriendo libros atractivos para la época. Urmeneta autorizó la adquisición de aquellos fondos, que para ser de una biblioteca

de barrio satisfacían las necesidades más apremiantes del momento. Había libros fundamentales para la consulta habitual, pero también otros que fui adquiriendo relativos a la cultura vasca, como las obras completas de Aita Barandiaran. Éste fue mi pequeño granito de arena personal a la cultura de la tierra desde la modesta biblioteca de San Pedro.

—**¿El fondo de historia de Vasconia intentaba paliar una carencia?**

—Sí, porque hasta entonces había sido un tema delicado en una biblioteca pública, y a partir de la apertura que supuso la Transición pudimos ir adquiriendo viejos títulos y nuevas publicaciones que por aquel entonces proliferaban. Por supuesto, los estudiantes universitarios encontraban mejores fondos en la Biblioteca Pública de San Francisco y en las bibliotecas especializadas de cada departamento universitario, pero también bajaban a San Pedro, porque allí encontraban un silencio absoluto, sobre todo por las mañanas, sin que nadie les interrumpiera, y con los instrumentos bibliográficos básicos.

—**Algunos de estos historiadores se encontraban en la Biblioteca con un director que siempre estaba dispuesto a aconsejar sobre cualquier tema de historia, ya fuera medieval, moderna o contemporánea. ¿Cómo recuerdas aquella experiencia?**

—Fue una experiencia muy gratificante, porque no dejaba de ser una gozada el que universitarios, sobre todo los historiadores, vinieran a consultarte cuestiones relativas a trabajos de licenciatura, tesinas o tesis doctorales. Aquello era muy enriquecedor, porque recibía mucho más de ellos que lo que yo les pudiera dar. Recuerdo con especial cariño el caso de Emilio Majuelo, actual profesor titular de Historia Contemporánea en la Upna, cuando cayó un día por la Biblioteca para que le orientase sobre el tema de su tesis. Le sugerí que estudiase los comunales de la Ribera, y realizó un trabajo magnífico.

—**No todos los usuarios eran así. Los quebraderos de cabeza causados por los más jóvenes te obligaron a poner un ayudante para controlar la sala de lectura...**

—En los comienzos, el acceso de lectores a la Biblioteca desbordó ampliamente todas las provisiones que hicimos Urmeneta y yo. A las tardes todas las sillas estaban ocupadas por jóvenes, y no había sitio para los niños, uno de los objetivos iniciales cuando abrimos la sala. Este hecho produjo circunstancias un tanto difíciles, como cuando los chavales acudían a veces a las estanterías a coger los libros no con el ánimo de leerlos, sino para jugar con ellos. A veces las travesuras llegaron incluso a cegar el depósito de la taza del wáter de los muchachos con ropa interior de las chicas. Por todo ello, lo primero que hice fue llamar a buena parte de mis amigos para que acudieran a echarme una mano para poner orden y evitar que la gente se llevara libros. Enseguida se vio la necesidad de poner una segunda persona encargada de la vigilancia de libros y lectores. Primero fue José Los Arcos y después Fernando Hacha. Los dos fueron extraordinarios compañeros.

—**Tu vinculación a Miguel Javier Urmeneta y la Caja de Ahorros Municipal se profundizó con la publicación de las “Hojas del Sábado”, reeditadas por Pamiela en un solo volumen en 1997. ¿Cómo desarrollaste este trabajo desde la Biblioteca?**



—Aquella fue una de las experiencias más gratificantes y simpáticas de la Biblioteca y del Club de Jubilados. Fue una ocasión magnífica que no volverá a repetirse en mi vida. Al estar Biblioteca junto al Club, solía pasarme allí para tomar un café. Entonces conectaba con aquellas gentes para entablar conversación y hacerles preguntas sobre costumbres y folklore de sus respectivos pueblos. Así, me hice con un archivo fabuloso, que dio de sí para publicar el “Al airico de la tierra” y los “Tipos de la Tierra”. El contenido apareció primero en las “Hojas del sábado”, que semanalmente publicaba la Caja de Ahorros Municipal por iniciativa de Urmeneta. Para completar estas informaciones los fines de semana me recorrí Navarra hablando con hombres y mujeres de todo temperamento. Me contaban sus experiencias. Yo llevaba una encuesta más o menos estudiada donde se plasmaban los aspectos más relevantes de la cultura tradicional.

—También fue la época de la *Historia de Pamplona*, publicada en 1974 después de una peculiar trayectoria, al margen de los “censores” de la Caja...

—Inicialmente Urmeneta quería que yo escribiera un anecdotario sobre Pamplona de contenido divulgativo y lectura ligera. Aproveché la ocasión para proponerle una Historia de Pamplona, algo de lo que tenía ganas hacía mucho. Pero me indicó que no quería un tocho que se cayera de las manos, quería algo legible, y escribí el libro pensando en el gran público. Después de un año entregué el ejemplar, y Miguel Javier tuvo que cerciorarse sobre la conveniencia de la publicación. Envío una copia a dos miembros del Consejo de la Caja de Ahorros para que emitieran sendos informes haciendo de censores. A uno le pareció magnífica y al otro abominable. Éste era el párroco de San Nicolás, Pedro Alfaro, que por lo visto se quedó escandalizado por algunos pasajes del libro, singularmente todo lo relativo al tema de la existencia de San Fermín. Aunque lo procuré hacer con toda la delicadeza, me parecía interesante aclarar una afirmación tan seria, sobre todo cuando diferentes autores franceses comenzaban a poner en tela de juicio su existencia. Después de la investigación, acepté la no historicidad del santo. En los diferentes consejos que celebraba la Caja iban dejando este vidrioso tema para más tarde, hasta que finalmente decidieron no admitir esa versión. En cuanto se tomó esa determinación, José Javier Uranga, director del Diario de Navarra, me llamó para proponerme su publicación en la colección de libros del periódico, llamada “El Pimiento Seco”. En 1995 la reeditó Txalaparta, aunque introduje importantes modificaciones y nuevos capítulos dedicados a la historia del euskera en la ciudad.

10

—Un año antes de hacerte cargo de la Biblioteca de San Pedro publicaste el primer número de la serie “Navarra. Temas de Cultura Popular”, que estaba a cargo de Jaime del Burgo Torres, responsable por aquel entonces de las bibliotecas de Navarra. ¿Cómo fue aquella relación?

—Los de Artajona querían que se escribiera un número de la serie “Navarra. Temas de Cultura Popular” dedicado al pueblo, y se fueron a hablar con don Jaime del Burgo, quien les dijo que no tenía inconveniente en publicarlo si le llevaban un original bien escrito y ameno. Aquellos artajoneses le dijeron que tenían un señor que había escrito algo del pueblo. Le llevaron algún trabajo mío y, tras leerlo, me llamó. El número que escribí le gustó y me dijo que si escribía

otros títulos de calidad similar los publicaría, y las puertas de la colección se me abrieron. Luego, siguió mi relación con don Jaime como encargado de la Red de Bibliotecas de Navarra, aunque sobre todo estuve vinculado a él por la colección de Temas de Cultura Popular. Los temas sobre los que escribía no daban pie a que tuviéramos diferentes criterios, por lo que nuestra relación era muy buena. Es más, algunos números me fueron sugeridos por el propio Del Burgo, como por ejemplo el relativo al 550 Aniversario del Privilegio de la Unión de Pamplona.

—En plena transición te embarcaste en el proyecto de *Punto y Hora de Euskal Herria*, dando un giro a tu trayectoria como investigador, que hasta entonces se había concretado fundamentalmente en temas etnográfico-folklóricos o en Historia Medieval. ¿A qué se debió ese cambio?

—En aquellos momentos tan intensos como interesantes estimaba que merecía la pena tratar ciertos temas políticos que hasta entonces habían sido tabúes y sobre los que corrían muchos rumores y noticias falsas y exageradas. Procuré aclarar la verdad en torno al número de fusilados en el bando Republicano. Para ello me dediqué a recorrer parroquias y juzgados anotando todos los inscritos, confeccionando así una lista bastante fiable, base sobre la que cimentar los datos estadísticos y poder hablar con bastante aproximación de la historia de la guerra civil en Navarra. Otro de los temas de cariz político fue el “Navarra jamás dijo No al Estatuto Vasco”, publicado en 1977 y donde traté de explicar todo el proceso que envolvió a los resultados del Estatuto de 1932.

—Con la salida de la Biblioteca y el final del frenesí político vino el sosiego del campo, con la recogida de los topónimos, fundamentalmente de la Cuenca de Pamplona. ¿Cómo fue el cambio de las fichas de los libros de San Pedro a las fichas de los tomos del *Onomasticon Vasconiae*?

—Cuando la Caja de Ahorros decidió cerrar la Biblioteca me quedé en el paro, que luego empalmé con la jubilación anticipada. Estaba en toda la efervescencia del hombre parado que tiene ganas de trabajar. Conté mi odisea a Ricardo Ciérbide, y me incluyó en un proyecto que estaba diseñando para Euskaltzaindia: el *Onomasticon Vasconiae*. Durante una década me lancé por los pueblos de la Cuenca de Pamplona a recoger todos los topónimos realizando entrevistas a agricultores y pastores, además de la consiguiente labor de archivo. Escogí este territorio porque estaba siendo sometido a una profunda transformación industrial y urbanística, perdiendo el carácter agropecuario tradicional del paisaje. Aquella experiencia fue muy interesante, y los encuestados gozaban contándome sus recuerdos y vivencias, porque veían



José María Jimeno Jurío en San Pedro, cuando era bibliotecario

que estaban haciendo una labor positiva de cara a la conservación de la memoria de los términos. Yo me iba con mis mapas y recogía las diferentes variantes que me daban aquellas gentes. Toda aquella experiencia sirvió para poner en marcha, años después, el proyecto de recogida toponímica de toda Navarra, que hace poco ha acabado de publicar el Gobierno de Navarra, y donde me rodeé de un amplio equipo de filólogos e historiadores.

**—Al estudio de la toponimia pronto se le unió la historia del euskera. ¿Por qué?**

—Cuando realicé el trabajo de campo para recoger la toponimia de la Cuenca aparecían constantemente afirmaciones contradictorias en torno al euskera: unos decían que allí no se había hablado nunca, otros que se había hablado hasta hacía cien años o menos, e incluso había lugares donde todavía quedaban vascohablantes. Evidentemente, era un aspecto importante de nuestra cultura y eran muchas las dudas que andaban flotando por ahí. El tema había sido tratado por algunos filólogos, pero estaba bastante relegado desde el punto de vista de la Historia. Lo más inédito de mi aportación fue todo lo relativo a los procesos del Archivo Diocesano de Pamplona. Afortunadamente, desde que José Luis Sales e Isidoro Ursúa se hicieron cargo del Archivo y pusieron en orden aquel marasmo de paquetes, legajos, cajas y demás, da gusto acceder a estos fondos. Personalmente tengo que agradecer muchísimo a los dos archiveros su deferencia y colaboración, ya que conforme iban catalogando los documentos, me comunicaban los hallazgos relativos al euskera.

**—El mundo del libro también ha tenido un hueco en las investigaciones de José María Jimeno Jurío. ¿A qué se debe el estudio en torno a Adrián de Amberes?**

12

—Fue una pequeña cosa. Se conocían los grandes rasgos biográficos de Adrián de Amberes. Pero dio la casualidad de que en un proceso de Estella encontré su genealogía, redactada por él mismo, y donde declaraba ser nacido en Amberes y cómo vino de allí para establecerse en Estella. Al ser una personalidad tan importante en el mundo de la imprenta me pareció conveniente dar a conocer esta noticia.

**—¿Y los de la imprenta?**

—Esos estudios fueron debidos al centenario de la imprenta. Don Felipe Gómez, dueño de la imprenta Gómez, se empeñó en conmemorarlo encargando a diferentes estudiosos unos trabajos sobre los primeros pasos de la imprenta. Me encargó a mí la coordinación y la elección de los otros autores. De la recolección de aquellos artículos salió el libro que, si bien al principio tampoco tenía mayores pretensiones, acabó sacando a la luz algunos temas bastante novedosos.

**—Tu experiencia en el mundo del libro en la época de San Pedro estaba técnicamente más cercana a la imprenta primitiva que a la actual informatización. ¿Cuántas cosas más hubieras hecho de haber contado con los medios actuales?**

—Esto es imprevisible. Desde luego, si en la juventud hubiera tenido el ordenador que tengo ahora hubiera producido el doble. ¡Con la afición que he tenido a manchar papel a base de originales escritos a máquina! A mí me ha gustado investigar temas escasamente conocidos y en ocasiones un tanto polémicos. Ha sido con los que más he disfrutado y con los que he tra-

tado de ser más riguroso. Desgraciadamente, en alguna ocasión habré metido la pata, porque muchas veces he escrito de prisa, sin la pausa y la reflexión que merecen muchas investigaciones. Esto, con los medios anteriores hubiera evitado muchos errores.

—**Después de toda esta trayectoria, ¿dónde queda tu primer libro?**

—Lo escribí en 1963 y se titulaba *La enseñanza y la beneficencia en Artajona*. Me lo editó Gómez. Fue un obsequio a las Hijas de la Caridad, que cumplían el centenario de su llegada a Artajona. Me pareció una pincelada de gratitud hacia la labor de estas monjas con los párvulos, el colegio femenino y los pobres del pueblo.

—**Como buen bibliófilo has ido haciéndote con una magnífica biblioteca particular...**

—Sí, siempre me ha gustado comprar libros en librerías o en ferias. Otros ejemplares son obsequios de los propios autores. Durante una temporada, cuando existía la primitiva Abárzuza en la plaza de San Francisco, estuve adquiriendo libros antiguos. El problema, como ocurre en todas las bibliotecas, fue la falta de espacio, hasta el punto que tuve que comprar una casa en Tiebas, donde tengo buena parte de los libros, aunque los de consulta más habitual los sigo teniendo en mi casa de Pamplona, donde trabajo.